

y habitados por él, viven dentro de él y desde él extraen la energía y el valor suficientes para la brega diaria. *El Charro*, en esas correrías de entreno por los campos de Ciudad Rodrigo (Salamanca) forja no sólo sus músculos y su ordenada respiración y circulación sanguínea de semifondista; una personalidad férrea se gesta dentro del joven que resopla y que aparta con las manos la gruesa neblina mirobrigense. Es cuando nace la idea del triunfo final, total, la de alcanzar las más altas cotas en marcas y medallas.

Y con el tiempo van llegando preseas y *récords*. Al mismo tiempo la vida. La vida con toda su carga de dichas e infortunios; los elogios y las felicitaciones, los sablazos morales y las desilusiones, al comprobar la pobre carga de afecto y sinceridad que son capaces de portar la gran mayoría de los congéneres que rodean al *Charro*. Es donde la entereza psicológica de éste comienza a hacer agua, pero es un resquebraje interno que se cuida mucho en que no salga a la superficie y la sitúe en una incómoda indefensión ante ese mundo que se declara feroz y poco dispuesto a perdonar faltas y reblandecimientos de personalidad. Hay que seguir siendo fuerte, dinámico, optimista y ambicioso si se quiere continuar donde se está e ir más lejos de lo hasta ahora conseguido.

He aquí la gran disyuntiva. ¿De verdad quiere seguir? ¿Desea conseguir más allá de lo logrado? ¿Mejores marcas y más medallas? ¿Tal vez un *récord* olímpico para España? Pero vamos a ver, ¿dónde está la importancia de todo esto? El para qué sirve, El para qué de más y más lucha, desasosiego y competencia. ¿Entenderán los demás toda esta problemática, todo este volcán interno que abrasa el espíritu del pobre *Charro*? No, imposible *el Charro* no puede ser un «pobre», debe y tiene que ser fuerte y poderoso, de lo contrario no se explicaría cómo ha llegado hasta aquí. Por eso es lejana la posibilidad que la gente se dé cuenta de lo que sucede dentro de esa armazón de músculo, fuerza y agilidad atlética, que en poco tiempo ha pulverizado *récords* y demostrado que desde provincia hay algo que decir a las élites de la capital.

Porque *el Charro* ya ha llegado a Madrid, fichado por una importante divisa de la capital del Estado. Está a punto de alcanzar la cima, pero también el borde de la ruina total. Decide cumplir con todo y con todos en la media que sus fuerzas le acompañen. No se siente generador de potencia alguna, sólo confía que el caudal de siempre no le abandone y le asista como hasta el momento le ha venido sirviendo. Simplemente se siente la caricatura de una ilusión, de algo que se ha materializado, pero que ha empezado a esfumarse desde el mismo momento de producirse la consagración.

El narrador (voz del protagonista) parece buscar en la reflexión pormenorizada la explicación al mundo de incógnitas que le atormenta. Busca en la memoria como fuente, ese archivo al que acudir cuando se quiere comparar y analizar los pasos que se van dando y que son consecuencia de hechos anteriores. La memoria le juega pasadas, pero no con el fin de despistarle, sino en un intento de reconciliarle, de convencerle de que las cosas se van dando así porque así estaba todo marcado y pre-

visto, escrito positivamente en el libro de la vida. Pero el terco analista vuelve a torturarse, recapacitando sobre los hechos y entrecruzando sucesos que le han situado donde se encuentra ahora.

Todo este ejercicio de análisis mental da como resultado una excelente novela de la que es difícil perder el hilo argumental. Habrá momentos en que el lector se perderá en nebulosas, en pasajes un tanto crípticos, pero es precisamente en ellos donde reside la parte profunda de la obra. Reflexión ante el espejo de la verdad, esa terrible diosa que no suele abandonar a los seres íntegros hacia sí mismos, y hacia los demás, y que se convierte en torturador, pues nunca perdona y cada vez pide más y más en un excesivo cobro por aquello que pondera y pretende realzar: la autenticidad.

Julio Llamazares: *Luna de lobos*⁷

Producido el Alzamiento del 18 de julio de 1936, España iba siendo ocupada parcialmente por las fuerzas rebeldes y sometidos sus habitantes a la voluntad del vencedor. Sería inoficioso, además del consecuente refrito periodístico, traer aquí aspectos de las penalidades sufridas por la población que paulatinamente caía en manos del ejército *nacional*.

Luna de lobos, de Julio Llamazares, no nos cuenta una sarta de tropelías; bastante conocidas son las torturas, calabozos y pócimas de aceite de ricino, como se alude arriba. Pero sí el padecimiento moral de cuatro hombres, del frente de Asturias, que regresan a sus tierras leonesas, en busca del refugio o de la ocasión de pasar a la zona republicana, con el fin de seguir la guerra o de alcanzar una frontera y con ella el exilio. Pero las cosas se tergiversan hasta el punto que el refugio momentáneo se convierte en eterno y hasta en tumba para tres de los miembros del pequeño grupo.

Julio Llamazares inicia con esta obra su trayectoria novelística. Digo trayectoria, pues espero que no sea la última entrega novelada del autor, ya que el futuro que le auguraría en este campo sería de los más halagadores. Su uso de la prosa es maduro y consciente. Maduro, pues se advierte el cuidado que ha tenido al manejar de forma cabal elementos que en ningún momento resbalan hacia otro tipo de géneros, manteniéndose incólumes en el campo de la novela. Consciente, ya que Llamazares sabe deslindar con maestría los campos literarios y aunque a veces se deja arrastrar por un, a lo mejor, exagerado lirismo, se le podría exonerar, pues no hay que olvidar que el autor es ante todo poeta, que su entrada en la literatura ha sido precisamente de la mano del verso. Toda la obra está plagada de hermosas metáforas, comparaciones bellísimas, donde la musicalidad no está en absoluto reñida con la racionalidad que debe de tener un texto en prosa.

Pese al patetismo del tema, Llamazares no olvida el barniz romántico con que

⁷ *Seix Barral. Barcelona, 1985.*

debe estar teñido toda obra que se precie de ser eminentemente literaria. Entiéndase lo de romántico por acepción o definición de lo poético y no de cualquiera otra de las consideraciones que pueda tener este vocablo. La trama de *Luna de lobos* es de sobrecogimiento y espanto y el autor ha tenido que esforzarse porque el carácter tántrico no haya llegado idéntico a la novela. El lector puede perfectamente empaparse de las dos intenciones: la de la noticia que el autor quiere transmitir, pero también el deseo de envolverle todo con una gasa lírica, musical, metafórica, de poesía, en una palabra. Cada árbol, bosque, copo de nieve, lengua de agua, brillo de luna o del sol sobre cualquier objeto, es bendecido por el nuevo nombre con que el poeta bautiza la materia prima de su labor. Llamazares tiene una cálida interpretación hasta para los momentos más tristes y grises, e incluso para los personajes que más odio o animadversión puedan despertar a los ojos del lector. Frases cortas, construídas la mitad de ellas de elemento racional y poético alternativamente, para, en conjunto, construir párrafos también cortos y de lo cual, todo al unísono, brota un mensaje claro, sonoro, completamente desprovisto de visceralidad.

Este último problema, el de la visceralidad, es muy peligroso a la hora de escribir una novela como *Luna de lobos*. El protagonista aparece en primera persona, narrando los hechos desagradables para él, para los suyos, para su patria y sus ideas. No sería del todo reprochable si se dejara llevar por la pasión y todo un mundo de improperios tejieran lo que a primera vista aparece como una creación literaria, una novela. No. Llamazares es cuidadoso y responsable. Cuidadoso, porque conoce a la perfección el material que está empleando y se anda con pies de plomo y cada concepto lo desmenuza finamente, pasándolo por una especie de lupa y mostrándolo para que veamos con un crudeza y realidad extraordinarias algo que está y que existe por la fuerza verídica de su historicidad. Responsable, porque sabe que si no se anda con esos pies de plomo, el mensaje se le va de las manos, la poesía moriría al instante y el texto, en principio pensado literariamente, acabaría rodando muy bajo, muriendo en las oscuras formas del panfleto o la ya desgastada denuncia político-social.

El tema, político por supuesto, no nos es servido con dicha crudeza y llega un momento que hay que hacer un alto en la lectura para recordar que se trata de hechos históricos, cuya exaltación se encuentra sujeta a todo tipo de tratamiento. Hermosamente sumergidos en poesía, perdemos la tal vez intencionalidad primaria del autor. Pero no importa, la novela puede ser la doble vertiente de dos intenciones, pero que al mezclarse se condensa todo en uno, en que es posible hablar (escribir en este caso) de cosas pasadas o presentes con la propiedad y documentación necesaria, pero sin olvidarnos de la poesía, de la amabilidad artística que en absoluto están reñidas con los conceptos anteriores. Es más, me atrevería a asegurar que si ambas cosas van juntas, poesía y racionalidad, la obra, de la índole que se quiera, adquirirá mayor dimensión y una carga enorme de humanidad que hará menos doloroso el recuerdo de ciertos episodios, si es que en ellos, por supuesto, hay algo que lamentar.

Miguel Manrique

Kiosko

Todos somos judíos

Sería impertinente hacer una crítica literaria del libro de Arnoldo Liberman *Grietas como templos. Biografía de una identidad* (Altalena, Madrid, 1984). La literatura suele ser una manera de mentir que dice su verdad a regañadientes. Este libro es una confesión, o sea que propone decir la verdad directamente, con todas las deficiencias que los hombres habitamos a cristalizar en nuestras verdades, pero, en cualquier caso, confesando en la confesión las propias limitaciones del discurso confesional.

A tal confesión sólo corresponde una confesión equivalente. De tal modo, la crítica se convierte en una confesión pública y si el lector no es afecto al género, más vale que interrumpa ya mismo la lectura.

Liberman se evoca como nieto de una *bove* judía que funda la familia argentina en la que, fruto de un destierro, se cría el niño que, finalmente, será desterrado argentino en España. Su destino de judío lo identifica con la errancia: sabe que nunca se llega a la Tierra Prometida, pues ella conserva siempre su carácter de promesa incumplida. De tal suerte, la vida es un constante aclimatarse en tierras ajenas como propias.

El escritor se siente constituido por el deseo de la abuela, se sigue viendo con los ojos de la abuela, sigue ordenando el mundo a partir del modelo que proponen los cuentos originarios narrados, en aquel tiempo sin almanaque, por la abuela.

Sabemos que la abuela es la religión precedente a los cultos maternos. Antes que a la Madre Tierra o Gran Madre, los hombres adoraron a la Sakti, la Abuela Primordial, madre de madres, tesoro de todas las virtudes luego adjudicadas a lo materno y espejo del incesto. Los cuentos de la abuela de Liberman son un sucedáneo, siempre resabaladizo, del amor primitivo cuyo objeto no puede nombrarse. También la letra viene de esta censura originaria.

Liberman no puede identificarse con la abuela y el deseo de ella no es ofrecerse como espejo, sino todo lo contrario: superponer a su carácter de objeto querido la palabra sagrada que aísla y eleva. El deseo de la madre original empuja hacia grandes espejos, donde el nieto va buscando sus modelos: es el poeta Antonio Machado, el músico Gustav Mahler, el psicoanalista Sigmund Freud, el pensador Ernesto Sábato.

Desde luego, sabemos que los espejos disimulan laberintos y que la cara ejemplar que contienen, apenas la miramos con especial atención, aparece vuelta hacia otro espejo donde hay otra cara vuelta hacia otro espejo y así hasta el infinito. Los espe-